

A propósito de la creencia

(Una aproximación al Discurso del Astrólogo)¹

Analía Capdevila²

Universidad Nacional de Rosario

acapdevila17@gmail.com

Resumen: En términos generales, dos han sido los tratamientos que la crítica literaria le ha dado al discurso del Astrólogo. O bien se lo ha adscripto en bloque o parcialmente a un ideario, político, religioso o filosófico, o bien se lo reducido al disparate o al delirio, desatendiendo en ambos casos el efecto que provoca en los demás personajes (y también en el lector) a partir del modo particular en el que se presenta. En el trabajo siguiente analizamos el discurso del Astrólogo atendiendo a la lógica que lo rige, esto es, a la combinatoria a partir de la cual se asocian en él enunciados provenientes de distintas teorías o ideologías, considerando, específicamente, su alcance retórico, argumental y persuasivo, en términos de creencia, entendiéndola como modo original de relación con la verdad en el que se combinan credulidad y abjuración, saber e ignorancia, ingenuidad y perspicacia.

¹ Este trabajo es la reescritura de un fragmento del capítulo III de la tesis doctoral en curso sobre "Roberto Arlt y el *realismo visionario*: una nueva poética para la novela argentina".

² **Analía Capdevila** enseña teoría literaria y literatura argentina en la Universidad Nacional de Rosario. Es miembro del Centro de Estudios de Literatura Argentina de esa universidad. Publicó, en colaboración con Nora Avaro, el libro *Denuncialistas. Literatura y polémica en los años 50* (Santiago Arcos, 2004) y numerosos artículos y ensayos sobre temas de teoría (la novela, la novela corta, el problema del realismo, etc.) y de literatura argentina (Jorge Luis Borges, Rodolfo Walsh, Juan José Saer, los regionalistas del litoral, etc.) en revistas especializadas, nacionales e internacionales.

Palabras clave: Discurso del Astrólogo – Creencia – Lógica – Persuasión – Verdad

Abstract: In general terms, the treatments that literary criticism has given to the Astrologer's discourse have been two. It has been either ascribed entirely or partially to a political, religious or philosophical ideology or it has been reduced to absurdity or delirium, disregarding, in both cases, the effect that it provokes on the rest of the characters (and also on the reader) based on the particular manner in which it is presented. On the following work we analyze the Astrologer's discourse taking into account the logic by which it is governed, that is, the combination from which statements coming from different theories or ideologies are associated in it, considering, specifically, its rhetorical, thematic and persuasive reach, in terms of belief, understanding it as an original manner of relation with truth where credulity and retraction, knowledge and ignorance, naivety and perceptiveness are combined.

Keywords: Astrologer's discourse – Belief – Logic – Persuasion – Truth

Se ha dicho que el discurso del Astrólogo en *Los siete locos – Los Lanzallamas* es el resultado del tratamiento, por cierto muy novedoso, que se le da a los discursos sociales que circulaban en Argentina las primeras décadas del siglo³. Concretamente, se afirma que surge de la mezcla de los discursos políticos, religiosos y filosóficos con los que Arlt estaba familiarizado: el irracionalismo tanto como el anarquismo, el nihilismo de Nietzsche o Dostoievski tanto como el fascismo, la Doctrina Celestial de Schopenhauer tanto como la Teosofía, y también, los discursos del cambio, como el socialismo o el comunismo, para dar sólo algunos

³ Arlt (1981). En adelante todas las citas pertenecen a esa edición. Se consigna entre paréntesis la página.

ejemplos. De ellos toma Arlt el contenido, algunos temas y motivos, separándolos del orden argumentativo en el que aparecen originariamente y los combina de un modo particular para ponerlos en boca de uno de los protagonistas de su novela más importante.

Sin temor a caer en simplificaciones, se podría decir que dos han sido los tratamientos que la crítica literaria le ha dado al discurso del Astrólogo. O bien se lo ha adscrito, total o parcialmente, a un ideario político, religioso o filosófico (el fascismo, la teosofía o el irracionalismo, para volver a los ejemplos antes citados) o bien se lo ha reducido sin más al disparate o al delirio, desconociendo en cualquier caso el poder de esa palabra, el que ejerce concretamente sobre los demás personajes y el que provoca en el lector cuando se enfrenta a él en la lectura del ciclo. Porque no alcanza solamente con hacer el relevamiento de los asuntos tratados en cada una de sus intervenciones; ni siquiera si se los refiere puntualmente a los que podríamos encontrar en los discursos sociales que circulaban en tiempos de Arlt. También se debería determinar su combinatoria y, sobre todo, su alcance retórico, argumental y por ende persuasivo.

En este punto es interesante considerar el problema de la creencia, entendida como un modo original, específico, de relacionarse con la verdad, en el que se combinan credulidad y abjuración, saber e ignorancia, ingenuidad y perspicacia. En la creencia se desafía a la verdad al tener por cierto algo indemostrable. Pero ese desafío no implica el abandono de sus dictados sino, antes bien, el despliegue de sus virtudes en otro terreno, en el que se fuga lo verdadero. Es en ese momento, cuando el hecho todavía impensado se presenta como *posible*, que ocurre la creencia. Entonces, el hecho en cuestión se vuelve *real*, en un sentido que a continuación precisaremos.

Mucho más si trata de creencias políticas, donde —si nos atenemos a la definición clásica del sustantivo: “la política como el arte de lo posible”— lo que se juega es, precisamente, la apertura de la realidad a virtuales contingencias: sin duda, un efecto (pero también un tema) del discurso del Astrólogo. Un tema, porque su bizarro proyecto de la Sociedad Secreta responde, en términos generales, al de cualquier discurso —reformista o revolucionario— que se impone como tarea conjeturar, en contra de la fatalidad o la normalidad de “los hechos de la realidad”, la posibilidad de *otro* orden social. Un efecto, porque, en tanto se trata de “lo que todavía es”, el personaje despliega todo un arsenal retórico para lograr la adhesión de sus interlocutores a ese ideal, o lo que es lo mismo, lograr con ellos un acuerdo táctico acerca de las condiciones de posibilidad (de un futuro) en el marco de una constelación de referencias constatables en la realidad (del presente).

Gran organizador de intrigas, verdadero “maestro en sorpresas”, el Astrólogo parece ser uno de los pocos personajes del ciclo capaces de sustituir el proyectar por el actuar, sólo que el actuar en él es prometer. Eso es lo que hace frente a los demás personajes: anuncia (promete) lo que parece imposible, poniendo a prueba todo el tiempo la autoridad de su palabra, que le viene de su carácter de probada falsía. Tal como queda demostrado en el célebre episodio titulado “La farsa”, en el que, en un círculo perfecto, la mentira se hace espectáculo y el espectáculo se convierte en la prueba de verdad de una teoría que sostiene, precisamente, el poder de la mentira⁴. En este sentido, quizás quien mejor haya definido al personaje sea el Buscador de Oro cuando dice de él que “es capaz de darle a lo falso la consistencia de lo verdadero”. Allí radica la potestad de su palabra. Pero, ¿dónde más?

⁴ Para un análisis del episodio ver Gilman y González.

Más que en la ambigüedad, en la contradicción, más que en la indecisión entre varias alternativas, en la posibilidad de la coexistencia simultánea de los opuestos, al margen de “la lógica vulgar”. “Seremos bolcheviques, católicos, fascistas, ateos, militaristas, en diversos grados de iniciación”, propone el Astrólogo a sus posibles adeptos, toda “la caterva de insatisfechos y desdichados” que habitan las ciudades, y que, con todo, aún no han perdido las esperanzas en un cambio: “los jóvenes bolcheviques, estudiantes y proletarios inteligentes... los que tienen un plan para reformar el universo, los empleados que aspiran a ser millonarios, los inventores fallidos... los cesantes del cualquier cosa, los que acaban de sufrir un proceso y quedan en la calle...”. A ellos les promete el Astrólogo la eventualidad de un cambio sustancial, un fin para sus desdichas y el comienzo de un tiempo nuevo. Y lo hace de acuerdo a diferentes modalidades de enunciación. A veces, es capaz de llegar al paroxismo, como cuando expone su programa de acciones en “Sensación de lo subconsciente”, donde con una “claridad sorprendente” de pensamiento, expresa para sí mismo las ideas que deberá imponer ante los miembros de la Sociedad Secreta, en “un sistema telegráfico, vibrante, interrumpido”, cuyo ritmo entrecortado es el de “una misteriosa trepidación de entusiasmo”:

“Es necesario instalar fábricas de gases asfixiantes. Conseguirse químico. Células, en vez de automóviles camiones. Cubiertas macizas. Colonia de la cordillera, disparate. O no. Sí. No. También orilla Paraná una fábrica. Automóviles blindaje cromo acero níquel. Gases asfixiantes importante. En la cordillera y en el Chaco estallar revolución. Donde haya prostíbulo, matar dueños. Banda asesinos en aeroplano. Todo factible. Cada célula radiotelegráfica. Código y onda cambiante sincrónicamente.

Corriente eléctrica con caída de agua. Turbinas suecas. Erdosain tiene razón. ¡Qué grande es la vida! ¿Quién soy yo? Fábrica de bacilos bubónica y tifus exantemático. Instalar academia estudios comparativos revolución francesa y rusa. También escuela de propaganda revolucionaria. Cinematógrafo elemento importante. Ojo. Ver cinematógrafo. Erdosain que estudie ramo. Cinematógrafo aplicado a la propaganda revolucionaria. Eso es.” (285-286)

La cavilación del Astrólogo, su pensamiento esencialmente paratáctico, muestra que el personaje se enfrenta, en principio, al problema de la viabilidad o no de las acciones programadas. Las disyuntivas y las dudas que se le plantean son una prueba para sus ocurrencias, las que, por cierto, salen indemnes. Pero hay un problema tal vez más importante, subyacente al primero, que tiene que ver con el estatuto de la palabra del personaje: el de sí, tal como lo expone para sí mismo, el programa es creíble también para sus posibles interlocutores. En sus propias palabras la cuestión se enuncia así: “¿Cómo poner en cada conciencia el entusiasmo revolucionario que hay en la mía? Eso, eso, eso. ¿Con qué mentira o verdad?”. En este punto, creo que la disparidad entre la verdad y la mentira, entre lo verdadero y lo falso, está propuesta no tanto en función del engaño como de la persuasión. En el párrafo citado es notable que el Astrólogo se incluya en lo que enuncia, esto es, que él mismo se considere, a la vez, agente de convencimiento y sujeto de convicción. Lo que complejiza la figura del personaje, que no se reduce a ser un simple embaucador, “el estafador Alberto Lezin”, como lo quiere el epílogo de la novela.

El Astrólogo sabe que puede lograr su objetivo primero, que es persuadir, asumiendo como designio, desde el comienzo, el hecho de hablar ante los demás en nombre de algo “real”, pero todavía inaccesible, algo que en su discurso está al mismo tiempo presente (como objeto de creencia) y ausente (como lo que *todavía* no ocurrió, como lo que *va a ocurrir*). En ese ámbito, es cierto que entre él y los demás personajes no hay igualdad de condiciones, pero tampoco es desmedida la diferencia que separa a uno de otros. Se trata más bien de un acuerdo, muy particular, donde se contempla que los implicados, cada uno a su manera, es decir, según sus propios intereses, se comprometa con lo que se propone. Efecto que se logra con el uso reiterado de verbos en infinitivo, sin que haya nunca una persona que asuma las acciones propuestas; verbos que invitan a la conjugación activa, o lo que es lo mismo, a asumir la ejecución del acto. En este caso particular, el Astrólogo concibe la política como una axiomática: una serie de enunciados operatorios a los que se recurre para controlar y regular los flujos en direcciones predeterminadas⁵. Pero, al mismo tiempo, no se trata de un simple ofrecimiento, porque esos verbos funcionan en enunciados de modalidad “deóntica”, del tipo “es obligatorio que...”, en los que se establecen prioridades bajo la forma de exigencias, esto es, que funcionan como órdenes o mandatos: modalidades donde lo único que está vedado es la negativa a cumplirlas, con la particularidad adicional de que todos los actos que el Astrólogo enuncia como obligatorios están prohibidos por la ley⁶.

⁵ Ver Deleuze y Guattari.

⁶ Para Perelman y Olbrechtstyteca, en tanto la argumentación es “el conjunto de técnicas discursivas que permiten provocar o acrecentar la adhesión de los espíritus a las tesis que se presentan a su aprobación”, la acción del orador, esto es, la persuasión, tiene el carácter de una agresión, ya que siempre tiende a cambiar algo, a transformar al auditor. “Aún cuando no apunta a cambiar el orden social establecido, sacude violentamente la quietud de aquel a quien se dirige, cuyas creencias se sienten amenazadas. Esta acción tiende a suscitar otra: la adhesión deseada se traducirá en una acción o, por lo menos, en una disposición a la acción (mi traducción). El arte del Astrólogo parece consistir en su capacidad para detener todo en ese preciso momento.

Un poco más allá de la gramática, lo que en el párrafo se pone de manifiesto es el complicado juego de técnicas y de recursos que se despliegan en lo que podría llamarse la *persuasión por creencia*. Mucho más complejos cuando se habla de lo que todavía no es, y cuando lo que será atenta contra un orden establecido, como es el proyecto de fundar una nueva sociedad, previa destrucción de la vigente.

A partir de la persuasión por creencia el Astrólogo cuenta con la complicidad total de los sujetos creyentes en el programa, pero sobre la base de la ignorancia de esos mismos sujetos sobre los objetivos finales, que son “los verdaderos”, los encubiertos. Tal como la propone en sus intervenciones, la participación debe ser absoluta, es decir, no debe ser relativa, porque no es de carácter meramente “intelectual” o “ideológico”. No es una cuestión de contenidos, sean estos los que fueren, sino de forma: creer es tener por cierta una proposición. De allí que se puedan constatar en su discurso contradicciones de ideas o de enunciados, como si se pudiera pasar de ideología en ideología sin problemas de coherencia —ni de moral, que, según el Astrólogo, y de acuerdo con Nietzsche, importa siempre un límite para el pensamiento y, en consecuencia, una barrera para la acción—, haciendo coexistir contenidos parcial o absolutamente contrapuestos. Y es que lo que se dice tiene como referente al futuro, porque para el Astrólogo creer y hacer creer es ya una acción que promete acciones venideras. En este punto, el personajes podría suscribir sin recelo a estas palabras de Pierre Janet y tomarlas como una verdadera profesión de fe: “Para nosotros, la creencia no es otra cosa que la promesa de acción: creer es actuar, decir que se cree es decir que se hará algo”⁷.

⁷ Citado por Michel De Certeau (1981). Desde el punto de vista de las relaciones sociales, De Certeau considera que la cuestión del creer es esencialmente una cuestión de tiempo: se trata, más precisamente, de una “práctica temporal de la diferencia” en la que se experimenta la “alteridad del tiempo”. “El ‘creyente’ abandona una ventaja presente o algo de sus pretensiones, para conceder

En el discurso del Astrólogo, entonces, la creencia, que es ella misma una acción, es una acción que llevará a otras acciones, en un continuo que, paradójicamente, no tiene fin, o mejor, no tiene cumplimiento efectivo, porque se mantiene siempre en promesa⁸. Lo que no quiere decir que la promesa no ocurra de algún modo, al menos como *posible*. Pero, además, en tanto acto de habla, en el “yo prometo” la enunciación equivale a la realización del acto, por lo que se sustrae también él de la diferencia entre lo falso y lo verdadero. Las proposiciones del discurso del Astrólogo, los enunciados que profiere, se valoran según una lógica donde no hay verdad o falsedad, es decir, correspondencia o no con un referente exterior al discurso, sino posibilidad o imposibilidad. En el interior de esa dicotomía, que no hay que confundir con la de lo probable y lo improbable, se comprueba la eficacia o ineficacia de su palabra. A eso llama el Buscador de Oro “la consistencia de lo verdadero”. Un enunciado “no conforme a la verdad”, y por lo tanto verificable o demostrable, sino conforme a su apariencia, semejando su densidad, una cualidad “artificial” de aquellas teorías que logran perdurar en el tiempo.

Del uso de esa palabra, el Astrólogo sabe explotar una doble virtud. Aplazando la acción con la promesa la mantiene en el terreno de la pura posibilidad, en el que ella se presenta en su máxima potencia. Al mismo tiempo, retirando esa acción del paradigma de la “verdad” y ubicándola en el de la posibilidad, que siempre está en el futuro, la libera de las restricciones de la realidad inmediata. Tal la dimensión, por cierto muy particular, en la que se juegan los efectos que lo dicho

crédito a un destinatario. Introduce en sí mismo un vacío relativo al tiempo del otro, y, en los intereses que calcula, crea un déficit por donde un porvenir se introduce en el presente.” Creer es sacrificar el presente en nombre del futuro a partir de “una palabra que colma el intervalo entre una pérdida presente (lo que se confía) y una remuneración por venir (lo que será recuperado)”.

⁸ Un análisis de la promesa como acto de habla se encuentra en Grüner.

por él produce en los demás personajes⁹. Se trata de un problema de apariencia o de simulación. El *como si* está en el principio de la creencia entendida como un ejercicio de disciplina: “Yo sé que no puede ser —le dice a Barsut—, pero hay que proceder como si fuera posible”. Una práctica que hay que mantener aún ante el error o el desacierto, para despejar cualquier duda o incertidumbre momentánea. A la pregunta de Barsut “¿Y usted no admite que puede equivocarse?”, el Astrólogo le contesta “Sí... ya lo he pensado, pero procedo *como si* estuviera en lo cierto” (mi subrayado). Para convencer hay que estar convencido o hacer como si se lo estuviera, pero con convicción (sea ésta real o fingida); ocupar, en el sentido militar del término, el espacio de la verdad a fuerza de autoconvencimiento. Por una suerte de desdoblamiento, llegado el caso, el Astrólogo es él también un sujeto de creencia, porque la creencia es concurrencia, reconocimiento de uno mismo en la palabra del otro. Pero mucho más lo son sus interlocutores. Según nos informa el narrador, mientras escucha sus proyectos revolucionarios Barsut se pregunta:

“¿Hasta qué punto fingía aquel bribón? Y lo curioso, es que no podía irritarse contra él, lo dominaba del hombre una sensación imprecisa, lo que le decía no era inesperado, sino que hasta parecía haber escuchado aquellas frases, con el mismo tono de voz, en otra circunstancia distante, como perdida en el gris paisaje de un sueño.” (218)

Por lo que sugiere la acotación del Comentador, se podría decir que lo que Barsut escucha en las palabras del Astrólogo, como en eco, es la voz de su propio deseo.

⁹ No hay, como lo quiere del diccionario, sinonimia entre lo “posible” y lo “probable”, ya que lo probable es tanto lo “susceptible de ser probado” como aquello que “en opinión del que habla, es más fácil que ocurra que que deje de ocurrir”. Lo posible para el Astrólogo y para los demás personajes de la novela es algo que ocurre efectivamente en el terreno de lo virtual, indefinidamente, algo que no deja por eso de tener para ellos algún grado de “realidad”.

En cuanto al tiempo en el que se realiza, la creencia es discontinua, ocurre por momentos, pero esos momentos son diferentes de aquellos que los preceden o los continúan: paradójicamente, son plenos en un vacío de intención. Porque cuando se cree, se cree absolutamente, sin acuerdo de la voluntad ni de la consciencia. “¿Ella cree en la posibilidad de las células femeninas?”, le pregunta Barsut al Astrólogo sobre la Coja, a lo que el personaje le responde: “Cree tanto como usted... Es decir, cree y no cree...” y enseguida agrega: “Ella terminará por creer. Ella también...” Y es que no creer es el requisito primario y primordial para que haya persuasión, que es la demora (momentánea pero absoluta) de la duda. En este sentido, no creer no es lo mismo que descreer, dos acciones que ponen en juego temporalidades diferentes. En el segundo caso, primero se cree y luego no; en el primer caso se comienza por no creer para terminar creyendo. En esa disparidad se puede medir la actitud de los personajes frente a la palabra del Astrólogo; es ella la que hace que la conducta del Abogado —puro descreimiento— no se parezca a ninguna otra.

Con todo, aun en su discontinuidad, se cree siempre en bloque, en un objeto considerado como una totalidad única, sin fisuras. Convertida en una suerte de práctica del pensamiento, la creencia por persuasión se transforma a veces para el Astrólogo en un “ejercicio interpretativo”. Como cuando reflexiona acerca del silogismo de Barsut sobre el reinado del Superhombre o cuando comenta los versículos de *La Biblia* a pedido de Bromberg. En los dos casos, el personaje comienza por asumir en su generalidad la naturaleza o el carácter del texto a interpretar, verosimilizando el pensamiento aparentemente delirante de Barsut o alegorizando el texto sagrado, con el fin de encontrar el modo más efectivo de

“explotar” una supuesta verdad. La operatoria consiste, básicamente, en descubrir en qué lugar radica su vigor persuasivo, su autoridad para convencer.

En un primer momento, entonces, hay una decisión que, como se dijo, se toma en bloque (se cree o no se cree) según una diferencia de naturaleza y no de grado (no se cree más o menos sino absolutamente). Luego, es indispensable sostener esa decisión hasta final. Si es una alegoría, extremar el simbolismo; si es un silogismo, esto es, un argumento que se presenta como “verosímil”, convertirlo en un auténtico sofisma.

Consultado por El Hombre que vio a la partera acerca de la existencia de varios cielos y de la Nueva Jerusalén, el Astrólogo acepta el siguiente enunciado del personaje como una petición de principios: “Se debe admitir que todas las palabras de la Biblia son de misterio, porque si así no fuera sería absurdo.” Y lo hace porque comprende que es la mejor manera de llegar a convencer al personaje, ubicándose desde el comienzo en su universo de creencia. Sólo entonces podrá persuadirlo. Con todo, la proclividad de Bromberg hacia el simbolismo indiscriminado deber ser controlada; de allí que el Astrólogo invoque la literalidad como precepto rector: “Pero ¿por qué usted independientemente de otra escritura llega a admitir la existencia de varios cielos?” —le pregunta a Bromberg—. Y esto porque el Astrólogo sabe que hay que regular la interpretación alegórica a partir del valor de la letra, que es el piso de las equivalencias metafóricas. El cielo y el infierno, la Iglesia tenebrosa y la Nueva Jerusalén, el Rey de Babilonia y el enviado de la buena nueva: a partir de esos motivos el Astrólogo compone un relato en el que promete el final de los tiempos pasados y el advenimiento de los nuevos tiempos, y en el que se concede el rol de guía, esta vez, presentado bajo a figura del profeta o del visionario. En verdad, el Astrólogo repite el argumento central de *La Nueva Jerusalén* de

Swedenborg, una historia que funciona en su discurso como alegoría del relato de la revolución.

El episodio con Barsut es tal vez más interesante porque comprende el proceso completo de la persuasión, todo el despliegue discursivo del Astrólogo, la “comedia” montada para lograr el consentimiento de su interlocutor. Y no sólo el de él, porque en el diálogo también está presente Erdosain, personaje en el que, a cada momento, hay que renovarle la creencia. “El dinero convierte al hombre en un dios. Luego Ford es un dios. Si es un dios puede destruir la luna.” El impulso interpretativo esta vez se dirige a retirar el pensamiento de Barsut, su extraño silogismo, del terreno de la simple estupidez y ubicarlo en el de las “verdades esenciales”. “¿Y sabe cómo comprobé que usted tenía razón? Pues pensando que Henry Ford con su fortuna podía comprar suficiente cantidad de explosivo como para hacer saltar en pedazos un planeta como la luna.” El Astrólogo llega a “justificar” el razonamiento de Barsut añadiéndole una proposición derivada de las anteriores, por cierto, con cierta coherencia lógica. La interpretación propuesta no satisface a Barsut, que escribió esos pensamientos guiado por “otros móviles”, pero al Astrólogo le interesan poco las motivaciones del personaje, o lo que es lo mismo, el sentido original que éste quiso expresar. El desafío, porque se trata de enunciados delirantes, es descifrar el texto en tanto autónomo y autárquico, independientemente de las intenciones de su autor. De allí en más, sentadas las bases en una supuesta verosimilitud, es posible comenzar a divagar libremente en el terreno de “la fantasía”, aunque sin dejar de tener como referente el de “la realidad”. La irreligión, la peste del suicidio, la mentira metafísica, la poda del árbol humano, la edad de oro, el industrialismo, el oro rojo, la huida a la montaña, la ciudad del Rey del Mundo son algunos de los temas sobre los que discurre el

Astrólogo para seducir a Barsut y lograr así que colabore en el proyecto de la Sociedad Secreta. Lo que finalmente consigue, junto con la firma del cheque por la que lo ha secuestrado:

“¿Por qué no ayudarlo a ‘ese’? —se termina preguntando Barsut—. El proyecto que tiene de la colonia es interesante y ahora me explico por qué esa bestia de Erdosain le tiene tanta admiración. Cierto es que me habré quedado en la calle... quizá sí, quizá no... mas de una forma o de otra había que terminar”. (220)¹⁰

Como vemos, en los dos casos la interpretación que el Astrólogo hace de los “textos” se orienta a reforzar en ellos toda su potencia persuasiva; la operatoria consiste, básicamente, en respetar, en el trabajo de desciframiento, una trayectoria, sólo una, del sentido. Y sostenerla hasta el final. Aun cuando las premisas iniciales de los argumentos puedan resultar disparatadas o delirantes, las conclusiones son coherentemente lógicas porque se derivan de ellas. Y esto en un orden del discurso que ya no se rige por la verdad (aquello propiamente demostrable), ni siquiera por la verosimilitud (lo que es considerado como probable), sino por lo estrictamente *posible*. Y lo posible, para Arlt, mucho más que lo real, es el objeto de su realismo.

Bibliografía

¹⁰ En cierto modo el Astrólogo revela su estrategia para convencer a Barsut en un momento posterior de la conversación, cuando le dice a Erdosain. “Si a un fronterizo se le discute que no es un genio, toda la insolencia y la grosería de este incomprendido se levanta injuriosa ante usted. Pero elogio sistemáticamente a un monstruo del amor propio, y ese mismo sujeto que lo hubiera asesinado a la menor contradicción se convierte en su lacayo.” (217)

Amícola, José. *Astrología y fascismo en la obra de Roberto Arlt*. Rosario: Beatriz Viterbo, 1994.

—. “Elogio de la razón y la locura”. *Roberto Arlt. Los siete locos – Los Lanzallamas*. Edición crítica de Mario Goloboff. Colección Archivos. Nanterre: Sudamericana, 2000. 676 686.

Arlt, Roberto: *Los siete locos – Los lanzallamas. Obras completas*. Tomo I. Buenos Aires: Carlos Lohlé, 1981.

Backzco, Bronislaw. *Los imaginarios sociales. Memorias y esperanzas colectivas*. Buenos Aires: Nueva Visión, 1991.

Close, Glen. *La imprenta enterrada. Baroja, Arlt y el imaginario anarquista*. Rosario: Beatriz Viterbo, 2000.

Corral, Rose. *El obsesivo circular de la ficción. Asedios a Los siete locos y Los Lanzallamas de Roberto Arlt*. México: Fondo de Cultura Económica, 1992.

De Certeau, Michel: “Croire: une pratique de la différence”. *Documents de Travail* N° 106 (1981): 49 64.

—. “Les révolutions du ‘croyable’”. *La culture au pluriel*. París: Seuil, 1993. 17 32.

—. “Credibilidades políticas”. *La invención de lo cotidiano*. Tomo I. México: Universidad Iberoamericana, 1996. 193 205.

Deleuze, Gilles y Guattari, Felix: *Mil Mesetas*. Valencia: Pre-textos, 1988.

Gilman, Claudia. “Los siete locos. La novela sospechosa de Roberto Arlt”. *Cuadernos Hispanoamericanos*. Los Complementarios N° 11 (1993): 77 94

González, Horacio. *Arlt. Política y locura*. Buenos Aires, Colihue, 1996.

Grüner, Eduardo. “La seducción del performativo”. *Cuadernos de psicoanálisis*, Año XII, N° 2, 1982. 64 65.

Lindstrom, Naomi. "El discurso 'disparatado' en Arlt: el texto del ocultamiento". *Escritura*, Año VI, Nº 12 (1981): 357-373.

Mannoni, Octave. "Ya lo sé, pero aun así..." y "La ilusión cómica o el teatro desde el punto de vista imaginario". *La otra escena. Claves de lo imaginario*. Buenos Aires: Amorrortu, 1979. 9-27.

Perelman, Chain; Olbrechtstyteca, Lucie. "La temporalité comme caractère de l'argumentation". *Il Tempo*. Padova: Archivo de Filosofía, 1959. 115-133.

Piglia, Ricardo. "Una trama de relatos". *Crítica y ficción*. Buenos Aires: Siglo Veinte, 1990. 65-82.

Prieto, Adolfo. "Prólogo". *Roberto Arlt. Los siete locos - Los lanzallamas*, Caracas: Ayacucho, 1978. XVI-XXV.

Ritvo, Juan B. "Creencia y argumentación". *La edad de la lectura*. Rosario, Beatriz Viterbo, 1992. 63-75.

Saítta, Sylvia: *El escritor en el bosque de ladrillos. Una biografía de Roberto Arlt*. Buenos Aires: Sudamericana, 2000.

Sarlo, Beatriz. "Guerra y conspiración de saberes". *Una modernidad periférica. Buenos Aires 1920 y 1930*. Buenos Aires: Nueva Visión, 1988. 50-62.

—. "Roberto Arlt, excéntrico". *Roberto Arlt. Los siete locos - Los Lanzallamas*. Edición crítica de Mario Goloboff. Colección Archivos. Nanterre: Sudamericana, 2000. XIII-XIX.

Zubieta, Ana María: *El discurso narrativo arltiano. Intertextualidad, grotesco y utopía*. Buenos Aires: Hachette, 1987.